



EL RINCÓN DE LA ACADEMIA

En marzo pasado, Migración Colombia dio a conocer que más de 1'260.000 venezolanos residen en nuestro país, una cifra que aumenta diariamente. Pero, ¿cómo entender este proceso migratorio y desde cuándo inició? ¿Cómo ha sido cubierto por los medios? ¿Cuántos colombianos que vivían en el vecino país han retornado durante este proceso? ¿Qué ha sucedido en el ámbito laboral? Todas estas preguntas son respondidas por un conjunto de ensayos reunidos en el libro **"Venezuela migra: aspectos sensibles del éxodo hacia Colombia"**, una

publicación clave que recoge los aportes del Observatorio de Migraciones Internacionales, del Departamento de Derecho Constitucional de la Universidad Externado de Colombia. "Esperamos que esta obra sea de utilidad tanto para la comunidad académica como para los diseñadores de políticas públicas y los responsables en temas migratorios, así como para el público en general, para entender las realidades y los retos de este fenómeno", anota Alexandra Castro Franco, editora de esta apuesta editorial externadista.

Ciclismo, dopaje y sociedad

PIEDAD BONNETT



TODO EL MUNDO SABE QUE EL deporte tiene el poder de crear sentimientos de pertenencia y de identidad en los pueblos. En momentos de crisis, incluso puede servir como estrategia para unir a un país. Un caso clásico es el de Nelson Mandela, quien en la Suráfrica del apartheid se valió del rugby para unir a blancos y negros alrededor de los Springboks, un equipo eminentemente "blanco" que en un torneo terminó por ganarle al gran favorito, Nueva Zelanda. Por eso mismo, y por la capacidad que tiene de abarcar todos los estratos sociales y de crear héroes que son ejemplo de dedicación y esfuerzo, el deporte se carga fácilmente de elementos simbólicos.

Desgraciadamente, el deporte también puede ser usado para ocultar o minimizar crisis políticas —como pasó aquí cuando Noemí Sanín ordenó transmitir un partido de fútbol mientras ardía el Palacio de Justicia—; o para que las mafias se enriquezcan con él. El fútbol, precisamente, se ha convertido en terreno de corrupción en todo el mundo y también en Colombia, donde ha sido terreno de escándalos sexuales y discriminación. Desafortunadamente, sus máculas parecieran no hacer mella en la fanática, dispuesta a mirar para otro lado con tal de que no le dañen el rato.

En cambio, en el ciclismo colombiano, nuestro "deporte insignia", los escándalos han sido pocos. Desde los gloriosos tiempos de Ramón Hoyos o Cochise Rodríguez hasta hoy —en que destacan jóvenes que siguen el ejemplo de Lucho Herrera, Santiago Botero o Nairo Quintana— creíamos que ese deporte entrañable, cuyos campeones son en general muchachos humildes que consiguen triunfos con sudor, disciplina y esfuerzo, estaba al margen de la trampa. Pero resulta que no. Que Colombia es el segundo país del mundo con más casos reportados de *doping* y que, según informa *El Tiempo* "en nueve meses ya son cinco los pedalistas nacionales que tendrán que limpiar sus imágenes" por la misma razón. Pero lo peor es que parece que hemos vivido engañados: Ernesto Lucena, director de Coldeportes, declaró a *Semana*, a raíz de dos nuevos casos reportados por la comisión disciplinaria de la UCI —el de Wilmar Paredes y el de José Amador Castaño, que ponen en riesgo de suspensión a la escuadra de Manzana Postobón—, que "la cultura del dopaje en el ciclismo en Colombia lleva más de 25 años y ha sido tolerada". Sólo que de eso no se hablaba. Qué tristeza, qué decepción y qué rabia.

¿Por qué se dopa un deportista? Puede ser porque los medios y la misma fanática lo presionan; o porque el triunfo se ha convertido en la única meta; o porque hay un afán de enriquecimiento rápido; o, peor aún, porque las barreras éticas se han ido corriendo y se considera que doparse no es ilícito. (De hecho hay una corriente internacional que propone que el dopaje se legalice). Pero esto no ocurriría en esa medida si no hubiera un sistema que se presta para la trampa. Y es que el deporte no funciona al margen de la sociedad que lo alberga. Y si bien la corrupción y el engaño no son exclusivos de Colombia, sí se explican en un país en el que la corrupción ha tocado todo, hasta aquello de lo que nos sentíamos más orgullosos.

Rasgos y Rasguños

Por Osuna



ONU que se equivocó

Derecho de petición, democracia y prensa

RODRIGO UPRIMNY*



SEMANA PERDIÓ PLURALISMO Y A UN gran columnista al despedir a Daniel Coronell por pedir explicaciones sobre la omisión de la revista en informar acerca de la nueva política de estímulos en el Ejército, que podía revivir los terribles falsos positivos. Pero, además, *Semana* traicionó uno de los pilares de la prensa libre en una democracia: el derecho de los ciudadanos en general y de los periodistas en particular a pedir explicaciones a los poderosos sobre su comportamiento.

El derecho a hacer solicitudes y pedir explicaciones a las autoridades es una de las bases del Estado de derecho, por cuanto es un mecanismo indispensable para evitar abusos de poder. Este derecho a formular peticiones a las autoridades ha sido reconocido, desde la Bill of Rights inglesa de 1689, como un derecho fundamental en casi todas las democracias.

La esencia de ese derecho es no solo que el ciudadano pueda pedir una explicación a las autoridades y esta tenga que en general darla, sino que, además, el solicitante no tema represalias por haber formulado la petición.

Ese derecho de petición lo tenemos todos los ciudadanos, pero es especialmente importante para los periodistas y los medios, pues es decisivo para que la prensa se pueda constituir en un contrapoder que contenga al poder y evite sus abusos. ¿Imaginan en qué quedaría la prensa si temiera represalias por pedir explicaciones a un funcionario?

Los medios con espíritu democrático deben defender con vigor su derecho a pedir explicaciones al poder sin temer represalias. Como los medios importantes, como la revista *Semana*, son a su vez un poder, entonces deberían admitir que sus periodistas, que también son ciudadanos, puedan pedir a los propios medios explicaciones, en especial cuando el periodista considera que alguno de los comportamientos del medio atenta contra la ética periodística. Es un mínimo de coherencia en la defensa de la prensa libre.

En este caso, las explicaciones solicitadas por Coronell eran razonables, pues parecía inaceptable que una revista sería como *Semana* no hubiera informado acerca de una política que podía revivir uno de los fenómenos más atroces de las últimas décadas: los llamados falsos positivos, esos asesinatos de jóvenes humildes a manos de integrantes del Ejército, para presentarlos como guerrilleros muertos en combate. Las poco convincentes explicaciones dadas por el director de *Semana*, Alejandro Santos, sobre esa omi-

sión confirman que la petición de Coronell estaba justificada, pues Santos reconoció que la revista cometió varios errores al no publicar esa información. Y, sin embargo, Coronell fue despedido por el fundador de la revista, Felipe López.

La contradicción ética es obvia. Una revista que reivindica el derecho a cuestionar el poder despide a su columnista más leído y a uno de los mejores periodistas de las Américas, por cuanto ese periodista cuestionó un comportamiento periodístico de la revista... que el propio director del medio admite que fue erróneo.

El despido de Coronell pudo haber sido legal, aunque no estoy tan seguro de eso, como lo analicé en una columna hace algunos años cuando, en una situación semejante, estudié el despido de Claudia López de *El Tiempo*. Pero, aunque fuera legal, ese despido mina la credibilidad de *Semana*, lo cual es desafortunado, pues la revista en general ha cumplido una importante labor periodística.

Ese daño podría ser reparado si su propietario tuviera la humildad de reconocer su error y llamara nuevamente a Coronell a sus páginas de opinión. ¿Tendrá acaso esa humildad y gallardía Felipe López?

* Investigador de Dejusticia y profesor de la Universidad Nacional.